

Quinto Domingo de Cuaresma A2020

Las lecturas de este quinto domingo de Cuaresma hablan de la realidad de la muerte y la promesa de la vida eterna. Nos invitan a invertir profundamente en Dios, que puede dar vida a nuestros cuerpos mortales al final de nuestra peregrinación en la tierra.

La primera lectura está relacionada con el exilio de Israel en Babilonia. Describe, a través de la boca del profeta Ezequiel, la promesa de Dios de traerlos de regreso a su tierra. Explica la liberación de Israel en términos de resurrección de las tumbas. Muestra que para dejarlos vivir, Dios pondrá su espíritu dentro de ellos y les permitirá establecerse en su tierra.

Lo que este texto nos enseña que Dios es el sanador de las almas y el dador de la vida. Otra idea es la certeza de que nada es imposible para Dios. Tan desesperada que sea la situación en la que se encuentra su pueblo, Dios puede cambiarla para su mejor beneficio. La última idea es la afirmación de la fidelidad de Dios que cumple la promesa que le hace a su pueblo.

Este texto nos ayuda a comprender el punto del Evangelio de hoy que habla de la resurrección de Lázaro. Primero, el Evangelio describe a Lázaro como el hermano de Marta y María, que una vez ungieron un perfume a los pies de Jesús. Luego, revela que Jesús amaba a las dos hermanas y a su hermano y que cuando se enfermó, le enviaron un mensaje para informarle.

En la primera parte, el Evangelio dice que, aunque Jesús fue informado acerca de la enfermedad de Lázaro, sin embargo se quedó donde estaba por dos días más. Luego, contrario al consejo de sus discípulos, se comprometió a ir a Judea cuando Lázaro ya estaba muerto.

La segunda parte del Evangelio describe la llegada de Jesús a la pueblada de Betania y cómo las dos hermanas estaban llenas de dolor ante la idea de que si el Señor hubiera estado allí, su hermano no habría muerto.

Después de esto, el Evangelio describe la confianza de las dos hermanas en Jesús. Estaban convencidas que aunque su hermano ya estaba muerto, Dios todavía era capaz de escuchar su oración. Luego, el Evangelio da la reacción de Jesús que afirma que él es la resurrección y la vida para que quien crea en él, aunque haya muerto, vivirá, y todos los que viven y crean en él nunca morirán.

La tercera parte del Evangelio describe el encuentro de Jesús con la afligida María y su profunda emoción al ver sus lágrimas por la muerte de su hermano. Finalmente, el Evangelio describe la resurrección de Lázaro al mostrar lo que Jesús hizo para darle vida.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar sobre la esperanza de la vida eterna. Antes que nada, permítanme comenzar con la historia de mi primera visita a Israel. De hecho, cuando visité Israel no podía creer con mis propios ojos que el pueblo judío, que había sido borrado del mapa del mundo durante siglos, había comenzado a vivir de nuevo. No solo tenían una tierra, sino también un país y un estado.

Vi en la existencia de Israel el cumplimiento de la profecía de Ezequiel y estaba convencido en mi corazón de que, sea que sean las circunstancias por las que podamos pasar, Dios es capaz de darnos vida nuevamente. Es esta vida que Jesús le ha devuelto a Lázaro.

Pero, para apreciar lo que le sucedió a Lázaro y su relevancia para nosotros, tenemos que confesar que el resultado de nuestra vida es un completo misterio para nosotros. Ciertamente conocemos nuestro pasado, porque ya está detrás de nosotros; Entendemos hasta cierto punto nuestro presente, porque todavía está en proceso, pero no sabemos el futuro, porque mañana es desconocido para nosotros. Además, la vida es frágil y está atravesada por sufrimientos y

muerte. Al igual que Lázaro quien, aunque amado por sus hermanas, murió de todos modos sin que sus hermanas impidieran su muerte, algún día enfrentaremos la realidad de la muerte.

Tal visión muestra que somos extranjeros en la tierra. Sea que sea nuestra vida en la tierra, rica o pobre, algún día dejaremos todo atrás. En este sentido, Jesús no ha venido para evitar que nos suceda la muerte natural, sino para prepararnos para la recepción de la vida eterna. En otras palabras, Jesús no ha venido para hacer eterna esta vida terrenal, sino para darnos la esperanza de un otro mundo y la seguridad de una vida que nunca terminará.

Por lo tanto, como sus discípulos, todos experimentaremos la muerte física como otras personas. Sin embargo, debido a nuestra fe en él, nuestra muerte se transformará en resurrección. De eso se trata el Evangelio de hoy, es decir, que Jesús tiene el poder de transformar nuestros cuerpos mortales en gloriosos.

Además, debido a que estamos en peregrinación en la tierra, nuestro verdadero hogar no está aquí, sino arriba. Es por eso que mientras estemos en la tierra, no estamos viajando hacia la puesta del sol, sino hacia el amanecer de nuestra vida. Cuando todo lo que hemos construido en la tierra se detendrá, sabemos con la seguridad de la fe que nuestra verdadera vida comenzará.

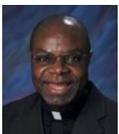
¿Significa que la vida actual en el mundo no tiene sentido porque algún día moriremos? No; por el contrario. Esto hace que nuestra tarea en el mundo sea urgente e importante, porque nuestra vida futura depende de cómo conduzcamos nuestra vida ahora, ya sea con Jesús o sin él, en fidelidad a él o en rebelión a él. Lo que está en juego, por lo tanto, es la certeza de que lo que construimos en la tierra no tiene finalidad en sí mismo. Más bien, está en preparación y en anticipación del mundo y la vida por venir.

En esta perspectiva, el objetivo de Jesús no es que vivamos eternamente en la tierra, sino que por la forma en que vivimos en la tierra, llegamos a vivir un día con él eternamente en el cielo. Entonces, entendemos por qué dice: “Yo soy la resurrección y la vida; quien crea en mí, aunque haya muerto, vivirá, y todos los que viven y creen en mí nunca morirán ”.

Con esto en mente, queda claro que la muerte y la resurrección de Lázaro tienen un carácter de ejemplo. Lo que le sucedió a él es exactamente lo que nos sucederá a los que creemos en Jesús. Ciertamente moriremos en nuestros cuerpos, pero para resucitar a la vida. Jesús no nos abandonará en nuestras tumbas. Él nos criará para que compartamos su resurrección.

En este sentido, tenemos que aprovechar el tiempo presente para prepararnos para la vida eterna. Debemos renunciar al pecado y usar la gracia que recibimos en los sacramentos, especialmente en la confesión, para fortalecer nuestra fe en él. Esta es el llamado de este tiempo de cuaresma mientras nos acercamos lentamente a las celebraciones de Pascua. Que Dios los bendiga a todos!

Ezequiel 37: 12-4; Romanos 8: 8-11; Juan 11: 1-45



Fecha de la Homilía: el 29 de Marzo, 2020
© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20200329homilia.pdf